

## LECCIONES DEL PADRE NUESTRO<sup>1</sup>

Por Wilbur Madera

Un día los discípulos de Jesús se dieron cuenta de que estaban limitados y carentes de conocimiento de algo y fueron intencionales en pedir a Jesús que les enseñara. El evangelio de Lucas 11:1 nos presenta la situación: *Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: —Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos.*

En respuesta a esta petición, Jesús enseñó a sus discípulos a orar verdaderamente de acuerdo con la voluntad de Dios. De ahí surgen esas palabras tan especiales que se les ha conocido en la historia de la Iglesia como “la Oración del Señor” o el “Padre Nuestro” (Mateo 6:9-13).

Nosotros estamos haciendo la misma petición al Señor. Reconociendo nuestra carencia y nuestra limitación en el rubro de la oración le pediremos al Señor que nos enseñe a orar. Porque tenemos que reconocer que no sabemos orar como Jesús. Nuestras oraciones parecen, más bien, listas para ir de compras al supermercado. Listas de lo que pensamos que necesitamos. Listas de cosas y situaciones en las que nosotros somos el centro y la prioridad. Nuestras oraciones parecen, más bien, exposiciones de nuestros planes y sueños, centrados en nuestro bienestar y prosperidad en todo aspecto. Nuestras oraciones tienden a parecerse a la expresión de los tres deseos concedidos por el genio de la lámpara maravillosa en la que tenemos la expectativa de que Dios cumpla nuestros requerimientos.

No cabe duda, nosotros al igual que los discípulos, necesitamos aprender a orar. Por eso consideraremos la Oración del Señor para aprender a orar de la forma en la que Jesús enseñó a sus discípulos desde el principio. Alinearemos las prioridades, énfasis y enfoque de nuestras oraciones a lo que enseña la infalible Palabra del Señor al respecto.

En el Padre Nuestro encontramos grandes lecciones que debemos aplicar inmediatamente a nuestra vida de oración.

### **Lección #1: Al orar hagamos evidente que nuestro Padre es el Rey.**

La primera frase del Padre Nuestro dice así según Mateo 6:9: *Ustedes deben orar así: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre.*

Este versículo inicial de inmediato nos ayuda a enfocar la oración en el lugar correcto. Nos ayuda a entender qué es verdaderamente importante en la oración.

Cuando pensamos en oración pensamos en nuestras listas de necesidades. Como que queremos llegar rápido a la segunda parte del Padre Nuestro: *Nuestro pan diario dánoslo hoy; perdona nuestras deudas, no nos metas en tentación...todo esto que tiene que ver con nosotros y nuestros intereses.*

Pero cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar, desde el principio, enfocó el lugar correcto de la prioridad de la oración: La enfocó en Dios. Porque este asunto no sólo es el punto de partida de la oración sino su prioridad. La oración no se trata, principalmente, de ventilar nuestras necesidades, sino de centrar nuestro corazón en Dios.

Si nuestras oraciones más parecen una válvula de escape o catarsis de las tensiones de nuestras vidas, tenemos mucho que aprender. El Padre Nuestro nos señala que cuando oremos lo que debe ser nuestra prioridad y enfoque, no somos nosotros, sino nuestro glorioso Dios y Rey quien es el centro de todas las cosas.

---

<sup>1</sup> Este artículo es una versión resumida de una serie de sermones sobre el *Padre Nuestro* predicada en 2019

La oración reenfoca nuestro corazón al lugar correcto, de donde parte todo y es el fin de todo: nuestro grandioso Rey y Señor de quien dependemos y a quien servimos.

Por eso, esta primera lección es muy importante si queremos orar como Jesús oraba; necesitamos al orar hacer evidente que nuestro Padre es el Rey.

Notemos cómo nos guían las palabras de Jesús en este reenfoque. Primero, nos dice que **Dios es el Padre**. Cuando oramos llegamos ante el Padre.

La palabra Padre puede despertar en nosotros emociones variadas. Para algunos, hablar de Dios como Padre puede ser algo complicado porque sus padres en la tierra no fueron lo que debieron ser. Ten cuidado que el mal papel desempeñado por tu padre terrenal no empañe la imagen que tengas de Padre celestial. Pero para otros, la palabra "Padre" evoca imágenes de protección, provisión, cobijo, seguridad, corrección amorosa, dirección y muchas otras cosas maravillosas.

Quizá nos parezca muy común o familiar referirnos a Dios como nuestro Padre, pero no es común, sino es algo extraordinario. La Biblia así lo plantea. No cualquiera puede llamar "Padre" a Dios. Existe la idea equivocada de que todo ser humano es hijo de Dios sólo por nacer en esta tierra. Pero la Biblia nos enseña otra cosa. Ciertamente, todo ser humano es creación de Dios y tiene la dignidad de ser imagen de Dios, pero ser llamado hijo de Dios es algo diferente y especial.

Juan 1:11-13 dice: *Vino a lo que era suyo, pero los suyos no lo recibieron. Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Estos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios.*

Aquí se hace una distinción clara entre los que son hijos y los que no son hijos de Dios de entre la humanidad. Ser hijo de Dios es un privilegio otorgado soberanamente por él. No es por la voluntad humana, sino por voluntad de Dios. Y se manifiesta ese privilegio en que reciben y creen en Jesús.

Entonces, ser hijo de Dios tiene que ver con haber nacido a una nueva vida en Cristo por voluntad de Dios. Es decir, los que creen verdaderamente en Jesucristo, estos tienen el privilegio de ser llamados hijos de Dios y pueden hablar con Dios en la oración refiriéndose a él como Padre.

Le llamamos Padre no por algo que hayamos hecho o ganado, sino porque nos fue concedido. Ser hijo de Dios es un gran privilegio que siempre debe asombrarnos.

Es increíble pensar que podemos llegar ante Dios y decirle. Abba (es decir, papito) y estás hablando con el Creador de todo lo que existe, visible e invisible. Tienes acceso a aquel que hizo todas las cosas de la nada por el poder de su Palabra; Te está escuchando el mismo que sostiene cada molécula y átomo de la creación. ¡Esto es, simplemente, asombroso!

Jesús nos enseñó que al orar lo más importante es enfocarnos en Dios, que es nuestro Padre. Y a él llegamos reconociendo nuestra dependencia, nuestro anhelo de relacionarnos con él, nuestro privilegio de ser sus hijos. Cuando oremos mostremos que no damos por sentado nuestra relación con él, sino que estamos boquiabiertos de que él nos haya adoptado como sus hijos por su gracia en Jesucristo. Jesús nos enseñó a orar diciendo en primer lugar: "Padre".

Pero hay algo más en este primer versículo de la oración del Señor que debemos notar (Mateo 6:9). Dice que oremos: "**Padre NUESTRO**".

Jesús ya nos enseñó que al orar llegamos no ante un Dios distante y frío, sino que llegamos ante nuestro Padre, pero aclara aún más el asunto y nos dice que la oración lejos de ser una disciplina espiritual individualista, es un medio de gracia que nos conecta como familia de Dios, como hijos de Dios.

La fe en Cristo no se vive en aislamiento o individualistamente, sino se vive con un gran sentido de comunidad, de iglesia, de familia. Aunque podemos orar a solas, nunca oramos en una relación desconectada de la familia de Dios. Dios es Padre NUESTRO. No sólo padre mío.

La oración debe reflejar nuestro sentido de comunidad. No sólo yo tengo el privilegio de ser llamado hijo de Dios y de llamar a Dios como “Padre”, sino comparto este privilegio y gozo con otros hijos de Dios, que son mis hermanos por la fe en Cristo. Así que mis oraciones deben reflejar esa consciencia de ser parte de la comunidad de Cristo.

La oración debe unirnos, no separarnos. Llegamos como un solo cuerpo, como una sola familia ante nuestro Padre y él es el enfoque de su pueblo redimido por su gracia.

Desde el principio de este modelo de oración, Jesús nos está indicando que la oración no se trata de nuestras listas de necesidades y cartitas a Santa Claus. Sino se trata de un enfoque con un sentido comunitario en nuestro Dios como el Padre de quien dependemos, somos y existimos.

Pero este breve versículo (Mateo 6:9), alberga una enseñanza más que pone todo en perspectiva: Dice: *“Padre nuestro que estás en el cielo. Santificado sea tu Nombre”*.

Esta frase completa ya pone todo en perspectiva porque nos enfoca frontalmente con la prioridad que debe direccionar nuestras oraciones.

Esa frase “Que estás en el cielo” no está hablando de la ubicación geográfica de Dios, como diciendo que estás arriba o en lo que nosotros vemos de color azul cuando salimos al aire libre. ¡No! Sino que está haciendo referencia a la gloriosa posición de nuestro gran Dios.

Cuando la Biblia habla del cielo, está hablando del trono majestuoso de la corte celestial. La imagen es de una regia corte majestuosa en la que el Rey está sentado en el trono por siempre y gobierna sobre todo lo que existe.

Esto hace mucho más maravilloso el hecho de que nos diga Jesús que oremos diciendo Padre nuestro que estás en el cielo. Quizá con la palabra Padre nos quedamos con la idea de que Dios es como un abuelito consentidor y bonachón, y por eso con esa cercanía podemos llegar y vivir ante él. Pero Jesús está delineando esta idea al decir que ese Padre nuestro, está en su trono y es rey sobre todas las cosas.

Dios no sólo es nuestro Padre, sino Dios, que es nuestro Padre, es nuestro rey.

Un rey que tiene que ser la prioridad en todo. Un rey al que venimos cuando oramos ante su trono, por un lado, teniendo acceso como sus hijos por la obra de Cristo, pero, por otro lado, nunca olvidando que Dios no está a nuestro servicio o está para nuestra felicidad, o para cumplir toda nuestra lista de deseos, sino que es todo lo contrario. Nosotros, que tenemos el privilegio de ser llamados sus hijos, somos sus siervos, somos sus súbditos. Somos de él, por él y para él.

Y se recalca esta visión de Dios al establecer el primer y más importante punto en la oración y este es: Santificado sea tu nombre.

El “nombre” es una palabra técnica en la Biblia, por así decirlo, para referirse a la identidad de Dios, a su ser, a su autoridad, es decir a todo lo que Dios es. Por eso, esto del “nombre” es muy importante en la Biblia como se puede notar en frases como: “en nombre de Dios”, “Se le dio un nombre que es por sobre todo nombre” o “Lo que pidan en mi nombre”, “Para que ante el nombre de Jesucristo se doble toda rodilla”, etc. Es decir, hablar del nombre de Dios, es hablar de Dios mismo y de todo lo que es.

Entonces Jesús nos está diciendo que cuando oremos la prioridad y enfoque no somos nosotros, sino nuestro Padre que está en el cielo y que es santo, santo, santo.

Como cuando Isaías vio el trono celestial en una visión y vio a los serafines repitiendo una y otra vez: santo, santo, santo. Cuando oramos debemos recordar que venimos ante nuestro gran Dios y rey del pacto, y venimos no a exigir, a reclamar, a demandar, sino venimos como sus siervos que reconocen su santidad y su posición como el rey de todo lo que existe. Y al mismo tiempo, ese gran rey es nuestro Padre. ¡Qué privilegio tan grande! ¡Y qué reverencia tan asombrosa!

Quizá tendemos a ver correctamente a Dios como nuestro Padre porque Jesucristo lo ha hecho cercano con su vida, muerte y resurrección. Y por eso somos prontos para traer nuestras listas de sueños y deseos como si fuéramos los nietos y él fuera nuestro abuelito consentidor y bonachón.

Pero el Señor Jesús nos está diciendo, que ciertamente Dios es Padre y es nuestro, está cercano y está accesible, lleno de gracia y misericordia, y que podemos llegar ante él y presentar nuestras súplicas y rogativas, pero que nunca debemos olvidar que nuestro Padre es Rey.

Que él es centro de todo y no nosotros y nuestros deseos. Que el anhelo más ferviente de nuestro corazón antes de cualquier cosa que pensemos necesitar, sea que su nombre sea santificado en el cielo y en la tierra. Aunque nunca se realicen nuestros anhelos o deseos personales. No somos nosotros los importantes.

Lo importante es que su gloria y santidad resplandezca en todo el universo, aunque nunca ocupe esa posición que deseo, aunque no tenga el hijo que anhelo, aunque no sane de la enfermedad que tengo, aunque no logre la meta que me trace.

Que el nombre del rey sea santificado debe ser la prioridad de mi corazón al orar. Así oraba Jesús, que dijo aquel día en el Getsemaní: Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya, la voluntad del rey.

Comencemos hoy mismo a moldear nuestras oraciones con estas verdades. Evaluemos nuestras oraciones. ¿Cuál es el tema recurrente en ellas? ¿Es la gloria de Dios? ¿Es la santidad del Rey? ¿Es el sometimiento a su voluntad? O ¿Se trata simplemente de nosotros y nuestra lista de deseos? ¿Nuestras oraciones están llenas de nosotros o llenas de la gloria y santidad del rey? **Al orar hagamos evidente que nuestro Padre es el Rey.**

## **Lección #2: Al orar hagamos evidente que vivimos para el Rey.**

La segunda frase del Padre Nuestro dice, según Mateo 6:10: *Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

¿Te has dado cuenta que hasta la persona más callada y reservada tiene algún tema de conversación? Es verdad. Normalmente, hablamos de lo que nos interesa, apasiona o gusta. Seguramente puedes identificar a algunos de tus amigos y conocidos por los temas de los que hablan. Algunos hablan de fútbol o algún deporte todo el tiempo, a otros los temas sociales, ambientales o políticos los cautivan, otros más su familia o sus hijos son el tema de conversación, y para muchos más, los temas laborales son los que acaparan su conversación.

Hablamos de lo que está en el centro de nuestro corazón, y aún los más calladitos, cuando nos tocan “nuestro tema”, salimos de nuestro escondite y hablamos ante el asombro de todos.

Lo mismo pasa en nuestras oraciones: hablamos de lo que está en el centro de nuestro corazón. Escúchate orando, de qué hablas con Dios, cuál es el tema constante al orar, qué es lo primero que viene a tu mente cuando te piden un motivo de oración.

Pues Jesús nos está enseñando que al orar demos evidencia de estar viviendo para el Rey y su Reino. Que “nuestro tema” sea su Reino. Jesús nos dice que oremos “Venga tu Reino”.

Antes de pensar en lo que voy a comer, o en la sanidad de mis relaciones, o en mis luchas con el pecado, Jesús me está diciendo que el Reino de Dios sea prioritario en mi vida.

Ahora bien, necesitamos profundizar un poco en este concepto del Reino de Dios, el cual estamos pidiendo que venga.

Quizá podemos preguntarnos cómo es que Jesús nos dice que pidamos que venga el reino de Dios a la tierra si por otros lados, nos enseña la Escritura que Dios reina sobre toda la tierra. Siempre ha reinado. Nunca ha dejado de ser el Rey.

¿En qué sentido el Reino de Dios aún no está como debiera estar en la tierra?

Para aclarar y entender este asunto necesitamos hacer un poco de historia.

Remontémonos hasta el principio de la Biblia. El libro de Génesis nos enseña que en el principio Dios, el gran Rey, creó todo lo que existe y según su propia evaluación, vio que todo lo que había hecho, era bueno en gran manera. En esta creación ordenada y armoniosa, plantó un jardín en la región de Edén. Y ahí puso a su viceregente, a su imagen, al ser humano para que a través de su trabajo extendiera los confines de ese Edén hasta cubrir toda la tierra. Y a través de la multiplicación, llegara a llenar toda la tierra con su imagen para que todos supieran quién era el Rey.

El Proyecto que Dios ha tenido desde entonces es establecer su Reino en la tierra a través de la agencia de su imagen. Adán y su descendencia debían preparar la tierra a través de su trabajo al punto de dejarla lista para que el cielo y la tierra fueran lo mismo al establecer Dios su reino en toda la tierra. Entonces, Dios habitaría permanente y eternamente con el ser humano en la tierra.

Este fue y es el proyecto de Dios desde el principio, que a través de la agencia de Su imagen, su reino fuera establecido en toda la tierra. Y volvemos a escuchar ecos de este gran proyecto en la oración del Padre Nuestro.

Pero no sólo allí, sino también así lo atestiguan las Escrituras a través del Antiguo y el Nuevo Testamento.

Salmo 67:4 *Alégrense y gócense las **naciones**, Porque juzgarás los pueblos con equidad, Y pastorearás las **naciones** en la tierra.*

Isaías 11:9 *No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.*

Mateo 5:5 *Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.*

Apocalipsis 21:1 y 3 *Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva... Oí una potente voz que provenía del trono y decía: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios.*

El tema que resuena por toda esta historia bíblica es Dios habitando como Rey de los hombres en la tierra. Y en este reino el ser humano, su imagen, tiene una participación importante en su construcción.

El primer ser humano, el primer Adán, fue el responsable de echar a andar este proyecto. Pero como sabemos, este primer Adán, fracasó. No permaneció en la obediencia requerida. Cuando él cayó en pecado, todos caímos. El pecado trajo consecuencias devastadoras para toda la humanidad. Su mismo propósito de existir fue desvirtuado. Su vida y sus relaciones fueron alteradas.

Pero Dios no iba a dejar inconcluso o frustrado su proyecto. En ese mismo momento estableció el anuncio de un segundo Adán, de un descendiente de la mujer, que habría de acabar de una vez por todas con la influencia de la serpiente.

En Génesis 3:15 dice: *Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la de ella; su simiente te aplastará la cabeza, pero tú le morderás el talón.»*

Este versículo es considerado o llamado el protoevangelio (primer evangelio), porque podemos decir que es el primer anuncio de las buenas noticias. Cuando todo parecía perdido, cuando todo parecía arruinado, viene este pequeño pero impactante anuncio que vendría de la descendencia de la mujer alguien que pondría fin para siempre a la influencia y poder de la serpiente, y establecería el Reino de Dios en la tierra.

Dice, su simiente te aplastará la cabeza. La manera de aniquilar a una serpiente es, precisamente, dándole en la cabeza. Ese es el anuncio profético de un Adán, de un ser humano, descendiente de la mujer, que habría de aplastar la cabeza del maligno.

Esta acción no iba ser sin complicaciones. El mismo anuncio dice que la serpiente hará todo de su parte para impedirlo. Que iba a infligir dolor sobre este postrer Adán. Que iba a morder su talón. No una herida definitiva, pero sí una herida seria, al final de cuentas.

Como vemos, desde el principio Dios tiene el proyecto de que el cielo y la tierra se unieran a través de la agencia de Su imagen, el Adán. Pero el primer encargado de que esto se pusiera en curso, el primer Adán, fracasó y todos sus descendientes, fracasamos, por consiguiente. Pero desde el principio de nuestra historia, hubo esta maravillosa promesa y anuncio de que vendría otro Adán, que no fracasaría, sino que sería certero en cumplir su cometido y establecer finalmente el reino de Dios en la tierra.

¿Quién este postrer Adán del que estamos hablando? ¿Quién es este de quien nos habla el protoevangelio?

Gálatas 4:4-5 dice: *Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, a fin de que fuéramos adoptados como hijos.*

Este Adán anunciado en el protoevangelio es Jesucristo. Como dice el versículo en Gálatas, cuando se cumplió el plazo establecido por Dios, cuando en el desarrollo de la historia del Reino de Dios estaba previsto, cuando llegó el momento propicio, Dios envió a su hijo. ¡Qué maravilloso! Todo tiene su plazo, todo tiene su tiempo.

Cuando llegó el tiempo de que este Adán prometido llegara para poner fin al gobierno de la serpiente, para destruir sus obras, para establecer finalmente el Reino de Dios en la tierra, Dios lo envió. El Hijo de Dios fue enviado para dar el golpe final en la cabeza a la serpiente.

Este enviado de Dios tenía que ser descendiente de la mujer. Por eso Gálatas nos aclara que en verdad nació de una mujer. Este enviado de Dios debía estar en las mismas condiciones en las que falló el primer Adán, y así fue, Jesucristo estaba bajo la ley, no estaba por encima de la ley, sino sujeto a ella y vino a cumplirla totalmente.

Este enviado de Dios vino a rescatar a los descendientes de Adán que estaban cautivos bajo el yugo de la serpiente. Vino para que pudieran ser adoptados como hijos de Dios. Pero ese rescate no iba a ser cosa fácil. Como estaba profetizado, la serpiente lo heriría en el talón, iba a infligirle sufrimiento. Y así fue, este Hijo de Dios, nacido de mujer, nacido bajo la ley, llevó a costas una cruz que no merecía, fue crucificado como el peor de los pecadores, murió y fue sepultado, aparentemente vencido por la serpiente.

Pero al tercer día resucitó de entre los muertos, venciendo la muerte y habiendo sido establecido como el Rey de Reyes y Señor de Señores, y ante quien toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor para Gloria de Dios, Padre.

Desde el principio se dio este anuncio que luego vemos cumplido y realizado en la vida, obra y persona de Jesucristo. Somos privilegiados. Porque esta historia, tiene un final feliz, y lo conocemos. Un final donde los cautivos son rescatados, donde el protagonista aunque muere, vuelve a vivir para siempre con su pueblo, donde los que no eran hijos son considerados ahora hijos del buen padre celestial, y coherederos con Cristo.

Y Jesús en la oración que nos dejó como modelo para aprender a orar, nos lleva a que este tema sea central en nuestras oraciones: “Venga tu reino, hágase tu voluntad **en la tierra** como **en el cielo**”.

Jesús se está refiriendo a que, como hemos visto, la Escritura nos enseña que, en el cielo, en la corte celestial, todas las criaturas le honran con un servicio voluntario e incondicional. Pero en la tierra las criaturas se rebelan y se niegan a reconocer a Dios como Rey, y se levantan reinos malvados para oponerse al Reino de Dios.

La oración de Jesús resume el proyecto que Dios ha estado realizando desde el principio de que el cielo y la tierra sean lo mismo, que su voluntad sea obedecida en la tierra, así como se obedece en el cielo de una manera voluntaria e incondicional.

La esperanza que la Escritura presenta de principio a fin es que esta disparidad entre el salón del trono celestial y la tierra se eliminarán un día. Dios juzgará a los malvados e introducirá a la humanidad redimida por Cristo a una nueva creación. Cuando esta transformación se lleve a cabo, sólo el reino de Dios permanecerá y la obediencia voluntaria se extenderá hasta los confines de la tierra como es en el cielo.

En pocas palabras, la Biblia nos enseña que un día el cielo y la tierra se unificarán. Es decir, el cielo y la tierra serán lo mismo. El término Reino de Dios en su sentido especial hace alusión a este desarrollo histórico y a esta realidad: El establecimiento del “cielo en la tierra” o la unión del cielo y la tierra. Esto es tan grandioso que la Biblia lo describe como “el cielo nuevo y la tierra nueva”.

Cuando decimos “Venga tu Reino” estamos haciendo alusión a una verdad bíblica que tiene un aspecto pasado, presente y futuro.

El Reino de Dios en la tierra tiene un aspecto pasado, porque Dios ha hecho grandes cosas en la historia para traer su reino a la tierra por la agencia de Su imagen, el Señor Jesucristo. Ya todo está listo y establecido. Con su primera venida, Jesucristo estableció el Reino. Está inaugurado y no hay marcha atrás. Podemos vivir confiados de esto y de la victoria de Jesús.

El Reino de Dios en la tierra también tiene un aspecto presente. Todos aquellos que se identifican con Jesucristo por medio de la fe, los que están en una relación creciente con él, están ya gozando de los anticipos del reino prometido y final. Ya el Espíritu Santo mora en su iglesia. Ya disfrutamos de las bendiciones de ser hijos de Dios. Ya podemos presentar una batalla frontal contra el pecado en nuestras vidas, porque el pecado ya no se enseñoa más de nosotros. Aunque sufrimos aún, somos fortalecidos por el Espíritu Santo para soportar lo que venga. Ya tenemos el privilegio de anunciar este reino por todos los rincones de la tierra.

Pero el Reino de Dios en la tierra también tiene un aspecto futuro. Aguardamos la consumación. Aguardamos la segunda venida del Señor que pondrá fin a todo lo que queda de maldad en la tierra. Cuando ese día llegue, ya no habrá más muerte, más dolor, más enfermedad, más oposición al Señor, más pecado, más desobediencia. Sólo viviremos como una nueva humanidad, ya totalmente, sin el peso del pecado. Viviremos en la tierra plenamente sólo para la gloria de Dios por la eternidad.

Hermano, esta es la historia del Reino de Dios que debe ser central en nuestras oraciones. Y nuestras historias personales son pequeños hilos de este tapiz gigante que Dios está haciendo en Su historia. Nuestra pequeña historia personal encaja en este contexto de la historia de Dios y su Reino. Nuestras vidas tienen sentido en tanto nos veamos como parte de esta historia más grande y más importante.

En pocas palabras, este Reino es lo que verdaderamente importa. No nuestra pequeña historia personal de nuestro pequeño reino. Hay mucho más allá de nosotros por lo cual vivir por lo cual morir y por lo cual orar. El Reino de Dios permanecerá para siempre y Él nos ha introducido a él a través de la obra del Señor Jesucristo, prometido desde el principio.

Por eso decimos una vez más: Al orar hagamos evidente que vivimos para el Rey. Los intereses del Reino deben venir antes que nuestros intereses. Nuestro tema principal, el que nos haga hablar y orar que sea el Reino de Dios. Que nuestras oraciones reflejen que somos, ante todo, ciudadanos de ese reino y que aguardamos la consumación cuando todo ojo verá al Señor como el Rey, toda rodilla se doblará ante él, toda lengua confesará que él es Rey y Señor, la voluntad de Dios se obedecerá sin excepción no sólo en el cielo sino también en la tierra, porque el cielo y la tierra

serán lo mismo. Que nuestras oraciones reflejen que entendemos que nuestra historia personal se vive a la luz de LA historia más importante: La historia del Reino de nuestro glorioso Dios.

### **Lección #3: Al orar hagamos evidente que nuestra mayor necesidad es el Padre celestial.**

La tercera frase de la oración del Señor dice así, según Mateo 6:11, *Danos hoy nuestro pan cotidiano.*

Ya que la tercera frase de esta oración comienza a hablar de cosas más relacionadas con nuestra vida ordinaria, es decir, del pan, de lo que comemos, entonces podemos equivocadamente pensar que a partir de este punto la oración se trata principalmente de nosotros.

Pero esto no podría estar más lejos de la verdad, porque aun estas palabras en la oración que sí tienen que ver con nuestras necesidades básicas y cotidianas, tienen el mismo propósito de centrar nuestros corazones en Dios. Tienen el propósito de mostrarnos que nunca debemos anhelar más los regalos que al dador de los regalos.

Jesús nos enseña a orar hablando con Dios de nuestras necesidades en el contexto de un corazón que reconoce que su mayor necesidad es la comunión y confianza en Dios. Su presencia en nuestras vidas es lo que verdaderamente llena nuestra alma.

Por eso este día decimos: ***Al orar hagamos evidente que nuestra mayor necesidad es el Padre celestial.*** Aun hablando con Dios de lo que necesitamos cada día, nuestro corazón debe permanecer centrado en él, no en los regalos que nos da. Nuestra confianza debe permanecer centrada en él, no en las bendiciones con que nos responde la oración. Nuestra dependencia debe estar en él, no en nuestros esfuerzos o cosas buenas que vienen por su gracia. Al terminar de orar por nuestras necesidades, nos debe quedar claro que, aunque no tengamos las cosas que pedimos de la manera y en el tiempo que deseábamos, tenemos siempre y con toda seguridad, lo mejor de lo mejor en la vida: a nuestro Dios.

Vemos esta verdad ser cada vez más clara cuando damos una mirada más detenida a esta frase en la oración del Señor: “Danos hoy nuestro pan cotidiano”. Al hablar de “pan” está hablando nuestro lenguaje... ¿no es cierto? Cuando hablé anteriormente de “Nombre” “santificado” “Reino” pues como que tuvimos que pensarlo dos veces, pero cuando habla de “pan” eso es algo que es muy común y cotidiano para nosotros.

Todos los días comemos algún tipo de pan. Este es un lenguaje que comprendemos porque habla de lo que necesitamos todos los días. Todos los días necesitamos comer, todos los días tenemos necesidades para subsistir. Este es el rubro al que se está refiriendo esta tercera frase de la oración del Señor. Está entrando al ámbito de la vida diaria, la vida cotidiana donde hay necesidades básicas que suplir cada día. Cosas como la comida, abrigo, sustento.

Y Jesús nos dice que nos acerquemos al Padre Nuestro que está en el cielo y le pidamos que nos dé este día el pan que necesitamos. Que traigamos ante Dios nuestras necesidades básicas cotidianas.

Ahora bien, alguien pudiera pensar que esta frase está incluida en la oración del Señor porque de esta manera le informamos a Dios de nuestras necesidades. Pero la Biblia es clara que este no es el caso.

En el mismo contexto donde encontramos la enseñanza de Jesús sobre la oración encontramos esta enseñanza clara del maestro en *Mateo 6:31-32: Así que no se preocupen diciendo: “¿Qué comeremos?” o “¿Qué beberemos?” o “¿Con qué nos vestiremos?” Los paganos andan tras todas estas cosas, pero el Padre celestial sabe que ustedes las necesitan.*

Más claro no podría estar. Cuando oramos acerca del pan (de lo que comeremos, beberemos o vestiremos) no estamos informando al Padre celestial (El Padre nuestro que está en el cielo) de



nuestras necesidades porque él YA sabe qué cosas necesitamos. Los que no tienen un Padre en el cielo se desesperan por estas cosas, pero los que pueden orar Padre Nuestro que estás en el cielo, pueden estar confiados de que antes de que las menciones o las ores, tu Padre celestial ya sabe, conoce y atiende tus necesidades.

Si esto es claro, entonces, resulta curioso que Jesús recalque que pidamos al Señor que nos de nuestro pan cotidiano, ¿no es cierto? Si cuando oramos por nuestras necesidades, no estamos informando a Dios por primera vez de ellas, entonces, ¿con qué propósito nos indica e insiste Jesús que hablemos de ellas con Dios?

Lo hace con el mismo propósito que siempre ha tenido la oración, pues no se trata de una válvula de escape para desahogar nuestras necesidades sino principalmente la oración es para centrar nuestro corazón en Dios. La práctica constante de la oración lo que busca es apuntalar nuestra confianza y dependencia en Dios.

El hecho que le pidamos cada día, es decir, nuestro Hoy, lo que hace es recordarnos que no es nuestra fuerza la que provee para nuestras necesidades, que no es nuestra inteligencia la que nos procura bienestar, que no son nuestras relaciones las que nos abren puertas, que no es algo de esta creación lo que necesitamos para subsistir, sino que dependemos total y absolutamente de nuestro Padre y de él recibimos nuestro sustento cada día. *Al orar hagamos evidente que nuestra mayor necesidad es el Padre celestial.*

Jesús mismo nos dijo, recordando las palabras de Moisés en Deuteronomio, “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” cuando estaba siendo tentado por el diablo para que dejara de confiar en Dios para suplir sus necesidades.

Esto es muy interesante y da mucho más sentido a las palabras del Padre Nuestro. Cuando Jesús fue tentado por el diablo para que dejara de confiar en Dios para su sustento, él le respondió con unas palabras dichas por Moisés, muchísimos años antes. Cuando vamos a Deuteronomio 8:2-3 de donde Jesús cita estas palabras encontramos: *Recuerda que durante cuarenta años el SEÑOR tu Dios te llevó por todo el camino del desierto, y te humilló y te puso a prueba para conocer lo que había en tu corazón y ver si cumplirías o no sus mandamientos. Te humilló y te hizo pasar hambre, pero luego te alimentó con maná, comida que ni tú ni tus antepasados habían conocido, con lo que te enseñó que no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del SEÑOR.*

Moisés le está hablando a la segunda generación de los que salieron de Egipto y está reflexionando sobre las experiencias vividas en el desierto. En el desierto el pueblo de Israel tenía que depender totalmente de Dios, no había tiendas, ni tierra cultivable, ni siquiera agua. ¿Cómo podrían sobrevivir?

Todo esto era parte de la enseñanza para Israel, para que se humillara y reconociera de quien dependía, quién lo sostenía en verdad. Y dice que para enseñarle lecciones de confianza les envió el maná.

El maná, este alimento que caía cada mañana del cielo como si fuera el rocío, tenía la particularidad de que sólo debías recoger la porción de ese día. Si recogías más, pensando que te podrías quedar corto de provisiones para mañana, ese excedente se te descomponía casi de inmediato. No había manera de guardar para mañana. Tenías que confiar que cada día Dios haría descender el maná para ese día. Sólo el sexto día podías tomar más de la porción porque al séptimo día no caía nada, pues era día de reposo. Por eso, por seis días tenías que estar confiando que el Señor te iba a sustentar.

Esta era la lección objetiva de Dios para su pueblo en el desierto. Cada vez que recogías el maná en un día dado, te repetías a ti mismo, Dios es mi sustentador. Dios es fiel. Dios no falla a sus

promesas. En resumidas cuentas, no vivo solo de pan, sino de la palabras y promesas de mi Dios. Mi Dios es quien verdaderamente me sustenta.

Con esta verdad, Jesús ahuyentó los dardos de fuego del enemigo. Reafirmó su confianza en ese Dios que le iba a dar el pan que ya sabía que necesitaba. Podía confiar en la palabra de Dios, pues no sólo del pan vivimos, sino sobre todas las cosas, de nuestro Dios que es nuestro sustentador.

En la oración del Señor tenemos esta misma idea. El dice que pidamos: Danos HOY nuestro pan cotidiano. Ese es el hoy en el que tenemos que confiar que Dios cumple sus promesas. Así como Israel en el desierto al estar recogiendo el maná. Al orar, estamos diciendo: Tu sabes Señor que necesitamos el pan, te lo pedimos reafirmando nuestra confianza en que tú nos das nuestra porción de Hoy. Y aunque no tenemos todavía la porción de mañana, confiamos que, puesto que tú eres nuestro sustentador, la tendremos por tu gracia.

¿Podemos ver entonces, que la oración no es tanto para desahogar nuestras necesidades, sino para reafirmar nuestra confianza en el único que nos sostiene? Por eso Al orar hagamos evidente que nuestra mayor necesidad es nuestro Padre celestial.

Jesús mismo nos ha dejado esa verdad no sólo en el Padre Nuestro, sino al referirse a sí mismo como el Pan de vida. Ahí está esa conexión tan importante entre algo que necesitamos realmente, como el pan, con la presencia de Dios en nuestras vidas. Jesús es el Pan de Vida y el que comiere de él no tendrá hambre nunca más.

Por su vida, muerte y resurrección nos ha reconciliado con el Padre, que ahora le podemos llamar: Padre Nuestro. Y podemos venir en el nombre de Jesús y presentar nuestras necesidades, no como información novedosa o desconocida para él, sino como una reafirmación de nuestra confianza total, ya que él es nuestro único sustentador en la vida.

Así como Israel en el desierto que no podía confiar en sus propios recursos o en los de otros porque eran nulos, sino su confianza tenía que estar en el único que era y es su sustentador, así también nosotros, no nos equivoquemos en pensar que nuestra fuerza, trabajo, dedicación, o conexiones son la razón por la que seguimos en pie, sino es sólo porque nuestro Padre celestial sabe de qué cosas tenemos necesidad y nos sustenta respondiendo la oración del corazón confiado y dependiente en él.

Evaluemos nuestras oraciones. Cuando pido a Dios por el pan cotidiano, lo hago como una requisición o como un acto humilde de reconocimiento de mi dependencia del Padre celestial.

Me muestro más interesado en el posible regalo que Dios me pueda dar en respuesta a la oración o me deleito en hablar con mi Padre, como un niño pequeño refugiado en la seguridad que me provee saber que tengo un Padre que vela por mí y me da hoy justamente lo que necesito y que, por la obra de Cristo, nada me puede separar de su amor...ni siquiera el hambre, el peligro o la desnudez, pues lo tengo a él.

Jesús nos indica que presentemos nuestras peticiones al Señor, pero que *Al orar hagamos evidente que nuestra mayor necesidad es el Padre celestial.*

#### **Lección #4: Al orar hagamos evidente que nuestra relación con otros está ligada a nuestra relación con el Padre celestial.**

La cuarta frase de la oración del Señor dice así, según Mateo 6:12: *Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores.*

Al considerar la cuarta frase de esta oración modelo de Jesús, de igual forma está llevando a centrar nuestros corazones en el Señor, aunque estemos hablado de nuestra necesidad de relaciones reconciliadas con el prójimo.

Aun hablando de algo cotidiano y personal como son las relaciones con los que nos rodean, con todas sus complejidades y aristas, la oración no nos lleva a pensar primeramente en nosotros, sino en nuestra relación con Él. Al estar pidiendo por mis relaciones con los demás, la oración no me permite ver estas relaciones fuera del contexto de mi relación con Dios, sino me obliga a considerar primeramente el trato de Dios hacia mí, para que sea mi guía de mi trato hacia otros en el plano horizontal.

No podemos desvincular nuestra relación con Dios de nuestra relación con el prójimo. Estas relaciones “amor a Dios y amor al prójimo”, siempre van de la mano, incluso en la oración. No puedo decir “estoy bien con Dios”, si estoy mal con mi hermano. No puedo decir: “Yo amo a Dios”, si aborrezco a mi hermano. Nuestra relación con Dios siempre marca la pauta de nuestra relación con nuestro prójimo. Y esto debe ser muy evidente cuando llegamos en oración ante el Padre celestial.

En Mateo 6:12, Jesús nos dice que pidamos perdón por nuestras deudas. El pasaje paralelo de Lucas 11:4 habla de “pecados” y esto da mucha más claridad de lo que estamos hablando. En la cuarta frase de esta oración estamos hablando de lo que estorba y daña nuestra relación con Dios, esto es, nuestros pecados en contra de nuestro Santo Dios y Padre.

Y Jesús nos está enseñando que oremos, con intencionalidad y humildad, suplicando el perdón de esas deudas o pecados. El perdón del Padre celestial, es tan importante como el pan de cada día, como para haberse posicionado en esta oración modelo.

Todos los días necesitamos el perdón de nuestras deudas o nuestros pecados. Todos los días debemos apelar a la sublime gracia del Padre reconociendo nuestra bancarrota, nuestra necesidad, nuestra fragilidad para recibir de él, el maravilloso perdón que tenemos por la obra perfecta de Cristo a nuestro favor.

Creo que nadie que crea en la Escritura y conozca su propia vida, podría estar en desacuerdo de que esta es una necesidad fundamental para nuestras vidas, esto es, el perdón de nuestro Padre celestial. Pero Jesús no pierde la oportunidad de recordarnos de que esto no sólo tiene que ver con Dios, sino que debido a nuestra relación con Dios y partiendo de ella, tenemos que considerar la relación que tenemos con otras personas entre las que vivimos, somos, jugamos y trabajamos.

Jesús vincula de una manera muy directa el perdón que recibimos de parte de Dios y el perdón que nosotros otorgamos en las relaciones con personas a nuestro alrededor. No nos permite separar nuestras relaciones con otros de nuestra relación con Dios. No nos permite separar la necesidad de recibir el perdón de Dios de la responsabilidad de otorgar el perdón al prójimo. Y dice: Perdónanos... “como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores”.

Aquí es donde se complican las cosas. Porque una cosa es necesitar y solicitar el perdón de Dios, pues estamos conscientes de que le hemos fallado tanto. Y otra cosa es otorgar el perdón a las personas que nos han defraudado, nos han traicionado, nos han ofendido, nos han ridiculizado, nos han perjudicado, nos han lastimado. Y Jesús, no nos permite ver estas dos realidades, nuestra necesidad del perdón y nuestra responsabilidad de otorgar el perdón, como dos cosas separadas. En la economía de Dios, el perdón que nos otorga es la fuente del perdón que debemos otorgar. Por eso, al enseñarnos a orar, Jesús nos está diciendo que mantengamos estas dos realidades juntas todo el tiempo.

Esta verdad es algo que necesitamos todos los días porque vivimos rodeados de personas que tarde o temprano harán algo malo o desagradable en contra de nosotros, y al hacerlo adquieren con nosotros, una especie de “deuda” que sentimos que debemos cobrar a la brevedad posible.

Así se siente cuando alguien hace algo en nuestra contra. Se siente como que tienen una deuda con nosotros. Algo se llevó esa persona: mi dignidad, mi tranquilidad, mi patrimonio, mi familia, mi paz. Y esa deuda no se puede quedar así no más, sino que queremos cobrarla.

Ese cobro de la deuda puede ser de varios modos:

- Guardamos coraje o rencor en nuestro corazón. Y nos volvemos rumiantes del enojo. Nos quedamos pensando y recordando lo que nos hicieron: “No lo voy a perdonar más...esta vez no”.
- Guardamos nuestra lista de faltas para sacarla a relucir cada vez que se ofrezca la oportunidad. Nos ponemos muy históricos y nos pasamos repitiendo las faltas que ha cometido la otra persona desde el día que la conocimos. Decimos: “Yo perdono, pero no olvido”.
- Hablamos mal de la otra persona, chismeamos, nos quejamos, nos alejamos.
- Comenzamos a justificarnos a nosotros mismos para no buscar la reconciliación... “Si cedo, abusará de mí”. “Siempre soy yo quien busca la reconciliación”, “No tengo ganas de perdonarlo”.

En fin, retenemos al ofensor como “deudor” el mayor tiempo posible. Pero la verdad es que en nuestras relaciones en general, lo único que podrá destrabar las relaciones atoradas, restaurar las relaciones rotas, reencausar los afectos correctos, es precisamente, el perdón. La gente que nos ofende, no puede reparar totalmente el daño, aunque se esfuerce. Siempre será necesario tomar la decisión de cancelar la deuda. Precisamente eso es el perdón, “cancelar la deuda y tratar con misericordia al ofensor”.

Y Jesús, hablando del mismo tema, en el evangelio de Mateo 18:23-34 relató una parábola que es conocida como la parábola de los dos deudores, que ilustra esta realidad del vínculo inseparable que hay entre el perdón recibido y el perdón otorgado. Y cómo el perdón recibido de parte de Dios se vuelve un mandato bíblico del perdón a los demás. Es decir, que para los que hemos sido perdonados por Dios en Cristo, conceder el perdón a aquellos que nos ofenden no es algo opcional.

Jesús relató que cierto rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al comenzar a hacerlo, se le presentó uno que le debía miles y miles de monedas de oro. Como él no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su esposa y a sus hijos, y todo lo que tenía, para así saldar la deuda.

El siervo se postró delante de él y le rogó: “Tenga paciencia conmigo y se lo pagaré todo”. El Señor se compadeció de su siervo, le perdonó la deuda y lo dejó en libertad. Al salir, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas de plata. Lo agarró por el cuello y comenzó a estrangularlo. Le exigió: “¡Págame lo que me debes!”. Su compañero se postró delante de él y le rogó: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó.

Lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda. Cuando los demás siervos vieron lo ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contarle a su señor todo lo que había sucedido. Entonces, el señor mandó llamar al siervo. “¡Siervo malvado! – le dijo -. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?” Y enojado, su señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía.

Al terminar de relatar esta parábola Jesús concluyó diciendo: “*Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano*” (Mateo 18:35).

¡Qué palabras más fuertes! Pero nos está diciendo lo mismo que Jesús nos enseñó a orar en su oración modelo: Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores. Para los que hemos sido perdonados, otorgar el perdón no es algo opcional.

Y no sólo aquí vemos esta conexión, sino en otros pasajes del Nuevo Testamento como Efesios 4:32 lo recalcan; dice que seamos “*bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo*”. De nuevo, se establece esa conexión inseparable que hay entre el perdón recibido y el perdón otorgado. Aunque esto sea algo complejo, al mismo tiempo son buenas noticias. Después de todo, ¿Cómo poder perdonar las faltas de otros? La única respuesta está en el perdón que hemos recibido.

Mientras te enfoques en la falta de tu prójimo jamás podrás perdonar, pero cuando te enfocas en el perdón que has recibido, entonces, puedes hallar aliento y fortaleza para dar el paso de obediencia.

Ahora bien, ¿Qué implica perdonar? ¿Cómo se ve el perdón? Siguiendo la pauta que marcan los pasajes que hemos considerado hasta ahora, podemos decir que el perdón incluye dos cosas muy importantes: *la cancelación de una deuda y un trato misericordioso*.

En primer lugar, como hemos dicho cuando alguien peca contra nosotros, adquiere una especie de deuda con nosotros. Sentimos que nos debe algo. Sus palabras y acciones nos privaron de algo que nos correspondía. Quizá nos robó el respeto, la alegría, la tranquilidad, el bienestar, cariño, o bien, una propiedad, bienes, dinero o cosas materiales. Sea como sea, cuando alguien peca contra nosotros se convierte en deudor. Perdonar, entonces, significa que *decidimos cancelar la deuda que esa persona tiene con nosotros*.

Es decir, podemos verla a los ojos y decirle: “Ya no me debes”. Esa cancelación de deuda, por supuesto, es inmerecida, pero sí es debida en virtud de que Dios canceló también nuestra deuda con Él por medio de Jesucristo.

En segundo lugar, el perdón no sólo cancela la deuda del ofensor, sino que proporciona también un trato misericordioso, así como Dios nos ha tratado en Cristo. No merecíamos ningún buen trato de parte de Dios, sin embargo, puesto que nos perdonó en Cristo, nos trata con misericordia todos los días, y quiere que hagamos lo mismo con los que nos ofenden. Perdonar, en este sentido, es tratar con misericordia al que me ofendió como si nunca lo hubiera hecho.

Aunque quizá no podamos borrar de nuestra mente el recuerdo de la ofensa que nos hizo, de todas maneras, al perdonar decidimos tratarlo como si no lo hubiera hecho. Es decir, renunciamos para siempre a la venganza. No traemos el evento a colación cada oportunidad que tengamos, no lo usamos nunca más en su contra ni hablamos con nadie más al respecto. En breve, le damos al ofensor perdonado un trato misericordioso, actuando en correspondencia con nuestra decisión de cancelar su deuda. Le damos al ofensor el trato que Dios nos ha dado al perdonarnos.

Esto es tremendo. La medida del perdón no es mi propia paciencia, o el mérito del ofensor, o la gravedad de la ofensa. La medida del perdón es el perdón que hemos recibido del Padre. Es decir, no te fijes tanto en la ofensa que tienes que perdonar, fijate más bien en el perdón que has recibido del Padre. No mires si merece ser perdonado o no tu ofensor, considera cómo el Padre ha tratado con tus ofensas hacia él. Mientras sigas aferrándote a lo que te hicieron, minimizarás tus ofensas perdonadas por Dios. Mientras más consciente seas del gran perdón que has recibido más atractivo será perdonar a los que te ofenden.

Jesús nos enseña a orar pidiendo el perdón del Padre que es la medida del perdón que debemos otorgar. Cada vez que oremos al Padre que nos perdone nuestras ofensas recordemos que quizá tenemos personas a quienes estamos reteniendo las deudas. Hoy es día que canceles la deuda y trates con misericordia a tu ofensor. Si estás en Cristo, tu nueva identidad y el nuevo carácter de Cristo desarrollándose en ti, te impulsan para que, con la gracia de Dios, puedas expresar esas dos palabras que transforman las relaciones y las vidas: “Te perdono”, “cancelo la deuda, te voy a tratar como Cristo me ha tratado a mí. Te perdono porque he sido perdonado”. El Padre Nuestro nos está diciendo hoy: No esperes más, hoy es el día de arreglar las cosas; hoy es el día de reflejar el carácter perdonador de Cristo. Al orar hagamos evidente que nuestra relación de perdón a otros está ligada a nuestra relación de perdón por parte del Padre Celestial.

**Lección #5: Al orar hagamos evidente que en la lucha contra el pecado dependemos del Padre celestial.**

Es tan rico el Padre Nuestro en enseñanza, pero llegamos en esta ocasión a la última frase de esta oración modelo. Ahora se plantea otra de las necesidades importantísimas con las que lidiamos cotidianamente, esto es, nuestra lucha contra el pecado y la tentación. Jesús ya nos ayudó a orientar nuestras oraciones respecto a nuestras necesidades básicas (el pan), la restauración de nuestras relaciones (perdón) y ahora se enfoca en nuestra lucha cotidiana contra el Pecado... (Pan, Perdón, Pecado).

Esta última frase de la oración del Señor dice en su aparición en el evangelio de Mateo 6:13: *Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno.*

Cuando pensamos en la lucha contra el pecado, viene a nuestra mente quizá más bien tomar acciones, poner barreras, estudiar más la Biblia y cosas semejantes en las que nos vemos como muy activos guerreando contra la tentación. O sea, podemos pensar que nuestra diligencia y dedicación, es todo lo que más bien se requiere. Y sí, la diligencia, obediencia y dedicación es muy importante en la lucha contra el pecado.

Pero aquí en su oración modelo, Jesús está enmarcando esa lucha contra el pecado en el contexto de la oración para que recordemos cada vez que nuestras fuerzas, recursos y diligencia son nada sin la intervención poderosa y de gracia de nuestro Padre Celestial.

No puede haber victoria verdadera sobre el pecado separados de la obra del Señor en nuestros corazones. Si somos dejados a nuestra suerte, sin el poder de Dios, nuestros recursos son nulos e insignificantes.

Cuando oramos por esas luchas contra el pecado y clamamos al Padre por su socorro, fortaleza y sostén, humildemente reconocemos que no podemos vencer solos esas tentaciones, y nuestro corazón se mantiene alineado con el evangelio del Cristo que es el poder de Dios para vencer el pecado.

La oración está conectada inseparablemente con la lucha contra el pecado y la tentación. Jesús mismo lo dijo en uno de los momentos más difíciles que pasó previo a su arresto, juicio y crucifixión. Allá en Mateo 26:4 le dijo a sus débiles y despistados discípulos en el huerto de Getsemaní, quienes no entendían a lo que se estaban enfrentando: *Estén alerta y oren para que no caigan en tentación.* La oración está ligada a la lucha contra el pecado. La dependencia en el Señor es fundamental para la victoria y la oración precisamente tiene ese efecto en nuestros corazones.

Por eso debemos orar desde el fondo de nuestro corazón, humildes y con confianza: *Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno.* Al orar hagamos evidente que en la lucha contra el pecado dependemos del Padre celestial.

La lucha contra el pecado es algo cotidiano, así que debe estar constantemente en nuestras oraciones y también tener una comprensión bíblica de la misma. Por eso consideraremos dos textos muy reveladores de la naturaleza de nuestras tentaciones y de los recursos invaluable que tenemos en Cristo para enfrentarlas.

El primero lo encontramos en Santiago 1:13-14 que dice: *Que nadie, al ser tentado, diga: «Es Dios quien me tienta». Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen.*

Lo primero que notamos es que cuando pensemos en la pelea contra el pecado y la tentación, aunque debemos orar a Dios por ser liberados, no debemos mirar a Dios como el causante o el culpable. Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a pecar a nadie.

Así que no podemos decir: ¿Dios por qué me mandas estas tentaciones? ¿Por qué pones a esa mujer u hombre en mi camino? ¿Por qué me pones tan cerca de tanto dinero? Si ya me conoces ¿para qué me mandas estas cosas?

No. Es un craso error pensar que el pecado en mi corazón es provocado o facilitado por Dios. Las tentaciones tuyas y mías no vienen de Dios. Dios no insta a nadie a pecar. Todo lo contrario, él nos llama a vivir en santidad. Así que las tentaciones no provienen de Él. No podemos justificarnos con este pensamiento falaz.

Por eso estos mismos versículos nos aclaran entonces dónde radica el problema. El problema más importante no es un problema externo, sino un interno. El versículo 14 nos indica que cuando somos tentados, esto no viene de Dios, ni siquiera del diablo, sino esto viene de adentro de nosotros mismos.

Nuestros propios malos deseos, nos arrastran y nos seducen. El pasaje nos da una radiografía del pecado. Vemos el camino descendente hacia la destrucción que empieza con nuestros deseos que han ocupado un lugar que no les corresponde. Somos seducidos con la idea de satisfacerlos; sentimos que necesitamos aquella cosa, objeto o persona de nuestro deseo; pensamos que es nuestro derecho tenerlos; nos alteramos cuando no los estamos recibiendo y exigimos se nos cumplan al instante. Lo que comenzó quizá como un buen deseo acaba siendo una demanda pecaminosa que lleva a la destrucción.

Se cumple un ciclo que inicia con el deseo de mi corazón, el cual afronto con pecado y el resultado al final de cuentas es la muerte y destrucción. Este ciclo se cumple cada vez que pecamos. Es algo que vino de adentro, no de afuera. Por eso el problema es más grande de lo que imaginamos porque no importa a donde vayamos, llevamos el problema con nosotros. Por eso, necesitamos tanto la intervención del Padre Celestial. Por eso necesitamos orar: “No nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno”.

Cuando la Biblia habla del pecado habla de esta dinámica dentro del corazón. Esta es la guerra espiritual en su batalla más importante que se libra en el corazón de cada persona.

De nuestro pecado, no podemos echarle la culpa a Dios. No podemos echarle la culpa al diablo. No podemos echarle la culpa al mundo. El único responsable del pecado, según Santiago 1, somos nosotros cuando tentados por nuestros propios malos deseos somos seducidos y pecamos, arrastrando consecuencias mortíferas sobre nosotros.

Por lo tanto, dejemos de justificar nuestro pecado por causas externas. No fue tu cónyuge, no fue el diablo, no fue Dios, no fue el estrés del trabajo, no fue la mala jugada que te hicieron. Si pecaste, ese pecado vino de tu corazón y requiere un completo arrepentimiento, confesión y el perdón de Dios.

Dejemos también de vivir con esa mentalidad de víctimas con la que solemos vivir. Quizá has sido víctima del pecado o malas acciones de otra persona, nadie minimiza ese hecho. Esas personas no debieron haber hecho tales cosas en tu contra. Estuvo mal y darán cuentas a Dios por ello. Pero si bien no somos responsables por aquellas cosas malas que nos hicieron, sí somos responsables por todo lo que dijimos, hicimos y pensamos después de haber sido víctimas de esos pecados.

No justifiquemos nuestro pecado por el pecado que otros han cometido en nuestra contra. Lo malo que otros han hecho en nuestra contra no es la causa de nuestras palabras, acciones y actitudes. Esas palabras, acciones y actitudes no vienen de las circunstancias, sino de lo que hay en nuestro corazón. Vivamos cada momento de acuerdo con lo que Dios pide de nosotros, no de acuerdo con las acciones de las personas que nos rodean y de las situaciones en las que nos vemos envueltos.

Cuando oremos debemos hacer evidente de que entendemos que los únicos responsables de los pecados los vemos en el espejo cada día. Por eso el llamado al arrepentimiento es constante en la Biblia. Es hasta que asumimos nuestra responsabilidad que podemos experimentar el poder transformador de la gracia y el evangelio del Señor Jesucristo. Al orar hagamos evidente que en la lucha contra el pecado dependemos del Padre celestial.

Como hemos visto, este pasaje nos aclara el origen y dinámica de la tentación por la cual pedimos en la oración del Señor. Pero hay otro pasaje que nos informa más verdades importantes de nuestra lucha contra el pecado.

1 Corintios 10:13 dice: *Ustedes no han sufrido ninguna tentación que no sea común al género humano. Pero Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, él les dará también una salida a fin de que puedan resistir.*

En este versículo encontramos varias verdades para enfrentar la tentación. Primero, nos dice que toda tentación que experimentemos, por más extraña, fuerte, diferente, asfixiante que parezca, es una tentación propia del género humano. Es decir, que esa tentación que te parece que es imposible de resistir, que parece que es de nivel “superhéroes” o “Xmen”, no es así. Toda tentación está dentro del rango o nivel de los seres humanos como nosotros. Así que ánimo porque no te estás enfrentando algo que esté fuera de lo que puede soportar un ser humano.

Lo segundo que vemos es que esas tentaciones que experimentamos están de nuestro calibre o medida. No sólo son comunes o al nivel de todo ser humano, sino que estas tentaciones están, digamos, personalizadas. Están hechas a nuestra medida. Nunca seremos tentados más de lo que podemos aguantar. Aunque nos parezca descomunal esta tentación, tiene un tope, y nunca lo rebasará. Así que ánimo porque no estás enfrentando algo que esté fuera de tu umbral de resistencia.

Lo tercero que notamos en este texto es que la tentación nunca viene sola, sino siempre está acompañada con la Salida. Cada tentación que enfrentamos viene con su diagrama de evacuación en caso de emergencia. Hay un tremendo letrero luminoso que dice: SA-LI-DA. Quizá la salida será retirarte de un cuarto, o cambiar de tema, o llamar a tu esposa, o cambiar de trabajo, o quedarte callado, o cantar alabanzas. En fin, cuando llegue la tentación, inmediatamente comienza a buscar la puerta de salida y corre hacia ella.

Pero hay una cuarta verdad en este texto acerca de nuestras tentaciones. Todas estas verdades ya mencionadas – La tentación presentada a la medida de la raza humana y de la persona, además de la existencia de una salida clara a cada una – son una realidad porque existe un Dios que es fiel. Dios no dejará que seamos tentados más de lo que podemos resistir. Este Dios fiel es la clave para poder enfrentar la lucha contra el pecado.

El Padre Nuestro nos recuerda esta verdad. Por eso oramos: “No nos dejes caer en tentación”. Acudimos al Padre en oración, porque es un Dios fiel que es poderoso para guardarnos del mal. Está obrando y tiene el control para que no seamos tentados más de lo que podemos resistir. Este Padre fiel, es quien envió a Jesucristo para reconciliarnos con él y en virtud de la vida, muerte y resurrección de Jesús es que hoy somos hijos de Dios y podemos llegar confiados ante el Señor y decirle: Padre Nuestro.

La victoria sobre el pecado viene del Padre Celestial. El orar por ello nos recuerda cuán indefensos estamos ante el pecado, pero nos recuerda las realidades del evangelio que nos dan todos los recursos de Cristo a nuestro favor para enfrentar la tentación. Al orar hagamos evidente que en la lucha contra el pecado dependemos del Padre celestial.

La Oración del Señor es tan rica en enseñanza que es imposible contenerlas todas en un breve artículo. Pero baste lo aquí expuesto para hacer de nuestra vida de oración una verdadera experiencia de comunión con Nuestro Padre. Amén.